

la pareja feliz

naoise
dolan



temas de hoy

NAOISE DOLAN
LA PAREJA FELIZ

Traducción de Esther Cruz Santaella

Título original: *The Happy Couple*

© Naoise Dolan, 2023

© por la traducción, Esther Cruz, 2023
Corrección de estilo a cargo de Ana Robla

© Editorial Planeta, S. A., 2023
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2023
ISBN: 978-84-9998-977-8
Depósito legal: B. 9.904-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Así fue como se prometieron.

Fueron a una fiesta en Dublín, en un piso, y luego volvieron caminando a casa por calles adoquinadas. Celine tenía veintiséis años y Luke, veintiocho. Luke era alto, delgado y de pelo oscuro, y llevaba una camisa de color azul celeste medio remetida por el pantalón. Ella era fea, pero tenía su punto: cara cuadrada, sandalias negras y planas. Pese a que hacía una noche cálida, Celine llevaba guantes.

Los dos eran de hablar rápido, aunque Luke tenía un tono monótono mientras que el de Celine era más vigoroso. Iban discutiendo sobre dos personas de la fiesta que habían roto.

—Creo que no han cruzado palabra en toda la noche
—dijo Celine.

—La verdad es que tendrían que haberlo dejado antes
—respondió Luke.

—¿Por?

—A ver, las rupturas siempre son una mierda, pero son mucho menos mierda si cortas cuando todavía os seguís queriendo.

Doblaron a la izquierda para entrar a una calle de bloques bajos, adosados. Celine abrió con la llave la puerta principal del suyo, panelada en rojo, y juntos treparon por las desvencijadas escaleras comunes. El piso en el que vivían, de dos habitaciones, estaba en el número 23: una casa georgiana subdividida en varias viviendas. La caldera no paraba de romperse, en toda la zona el principal servicio era el hombre que vendía hierba desde su Nissan y el alquiler costaba dos mil euros al mes.

Cuando se habían mudado allí el año anterior, el casero ya se lo había advertido: «Esto no es el Ritz, pareja». A Celine no le costaba demasiado recordar ese dato. En la entrada había un felpudo de coco y un zapatero con baldas de latón: en aquella casa, la suciedad se quedaba atrapada en la entrada, mientras que el Ritz permitía que la suciedad viajase a cualquier parte, siempre que pagase. El dormitorio y el baño eran sencillos y diminutos, y por desgracia no eran los del Ritz. La zona de estar la ocupaban el piano de Celine y una cocina pequeña, verde y amarilla. No había sitio para una mesa; es que, verá usted, esto no es el Ritz. Así que comían en el sofá.

En el lavabo del baño, Celine se quitó los guantes de cuero negro y se puso crema en las manos. Era pianista profesional y se hidrataba las manos únicamente de noche, para evitar pringar las teclas con la loción.

A continuación, se secó las manos con un pañuelo de papel y se metió con Luke en la cama. Al entrar en contacto con su cuerpo, Celine dejó escapar un «Uh», como si la presencia de él allí fuese una sorpresa.

Retomó el tema de conversación anterior.

—Nadie acaba una relación mientras sigue queriendo a la otra persona —dijo—. Te dices que bueno, que vale, que la cosa va mal, pero que seguro que vuelve a ir bien. Y entonces sigue yendo mal hasta que se termina.

—Hay que decidirlo con antelación —respondió Luke—. Qué es lo peor que podría hacer esa persona y que la siguieras queriendo, aunque sea por poco. Ese es tu límite, y si la otra persona lo cruza, pues la dejas. También podrías usar... una encuesta de satisfacción de esas, ¿sabes lo que te digo?

—¿Marca diez si te encanta tu microondas nuevo o cero si no te gusta nada tu microondas nuevo y le deseas lo peor?

—Eso.

—No sé yo si funcionaría para medir la felicidad.

—Puede que no.

Celine se contuvo para no decir: «Pero ¿tú eres feliz?».

Por norma general, no eran de «compartir sentimientos». La familia de Celine nunca la había enseñado a hacer eso. Considerar que el tono del anillo interno que cambia de color según tu estado de ánimo te avala para desvelar información, y esperar además tener público cautivo: no, nunca. Eso no era propio del pueblo irlandés. Pero llevaban ya tres años juntos y Celine calibraba su relación al peso. Los libros manoseados de Luke llenaban los alféizares de las ventanas; él había aportado además un molinillo de café y media gata. La otra mitad era de ella, y ese bien iba a ser complicado de dividir, así que ojalá lo suyo fuese para largo.

Celine apagó la lamparita de noche.

—Bueno, ¿tu límite cuál es entonces? Teóricamente hablando.

—A ver, suena anticuado. —Luke hizo una pausa, como esperando a que ella le sacara el resto de las palabras—. Pero

pensar que nunca vayamos a casarnos, o que nunca llegaremos a ese nivel de compromiso. Si supiera que algo así no va a ocurrir, pues... Eso. Teóricamente hablando.

—Cuando dices que no va a ocurrir algo así, ¿quién lo ha decidido?

—Yo no he dicho eso.

—Si lo que pasa es que lees la mente, que sepas que eso trae más problemas de los que soluciona.

—No he dicho que no vaya a ocurrir... —Luke se fue apagando—. Aunque, a ver, la cosa es que no va a ocurrir. Nosotros no nos vamos a casar nunca. Y eso tampoco tiene por qué ser un problema. Sería una tontería dejarlo mientras todo va bien. Pero nosotros no vamos a terminar estando juntos.

Una pausa, de la que Celine se sintió responsable. La gata maulló desde la habitación de al lado.

Por fin, Celine dijo:

—Si de verdad piensas eso, deberíamos romper ahora mismo.

Sin respuesta de Luke.

—Según tus propios criterios —añadió ella.

Silencio.

—Aunque a veces dices cosas solo porque quieres que yo te contradiga —siguió Celine—. Y no pasa nada si este no es el caso y lo que quieres es que esté de acuerdo.

Aún sin respuesta.

—Dime qué digo —le pidió Celine.

—Di lo que quieras.

—Supongo que uno de los dos tendrá que hacerlo. Es que, a ver... Pienso mucho en cuando me dijiste que no querías una relación. Y yo te dije que sí que quería terminar en una relación estable con alguien, pero no con un tipo al que

acababa de conocer, así que íbamos bien, por el momento. Y luego más adelante te dije que si seguías sin querer nada serio teníamos que dejarlo. Y tú me dijiste que habías cambiado de opinión. A veces creo que siempre has querido estar conmigo. Solo que no eras capaz de reconocerlo hasta que no lo hiciera yo.

Otra pausa.

—Si ni siquiera te dices las cosas mentalmente a ti mismo hasta que no las expreso yo en voz alta, esa faceta tuya no sería de mis favoritas —siguió Celine—. No querría llevármela a una isla desierta si solo pudiera elegir tres. Aunque me costaría trabajo decidirme. En realidad, me resultaría imposible elegir solo tres cosas tuyas. Es probable que me encantés todo entero. Y creo que para mí eso significa que quiero estar contigo para siempre.

Y entonces Luke se lo pidió.

Todo el mundo quería que la boda fuese en Dublín, pero la tía Maggy prefería en Londres, así que iba a ser en Londres.

Celine era de Dublín y nunca había vivido en ningún otro sitio. Luke se había criado en Londres, aunque sus padres eran irlandeses; había regresado a la patria hacía tres años.

Dublín parecía la opción obvia.

Celine anotó «DUBLÍN» en su cuaderno personal.

Aun así, terminaron organizando la ceremonia en Londres.

*

—La fiesta de compromiso sirve para preparar la lista de invitados —le dijo la tía Maggy a Celine desde su teléfono fijo londinense—. Dime si notas escandalera. Estoy quitándoles el polvo a los pájaros.

Los pájaros eran unos cisnes de cristal de Maggy, de la marca Waterford Crystal, que convivían con algunos intrusos: un halcón, un águila, una paloma. El tío Grellan había cometido una vez el error de comprarle a Maggy un gorrión de la marca Tipperary. Otras especies Maggy las podía aceptar, pero tenían que ser de Waterford. ¿Darle dinero a Tipperary? Ni muerta.¹

Maggy se había casado con Grellan, el tío de Celine, cuando ambos eran unos jóvenes inmigrantes irlandeses que vivían en Londres, en la década de 1980. No tenían descendencia propia, así que Maggy estaba siempre importunando a sus dos sobrinas. Tras haberse formado una opinión, era incapaz de no soltarla, y nunca se había metido en ningún asunto del que no hubiese acabado por apropiarse.

Maggy no era ninguna de las dos personas que iban a casarse, no. Pero sí disponía de recursos.

Gracias al éxito de su empresa de fontanería, el tío Grellan y la tía Maggy se habían comprado una casa enorme en el norte de Londres. Por su parte, la superficie en metros cuadrados que compartían Celine y Luke en Dublín era un suntuoso ochenta por ciento del mínimo legal.

Jugada inicial de Maggy:

—La fiesta de compromiso vamos a hacerla en nuestra casa.

De acuerdo. Maggy tenía las ganas y tenía el espacio.

Y así fue como su tía le agarró la mano. A continuación, llegó el brazo entero.

—No sé si tu madre te enseñaría algo sobre fiestas de

(1) Tipperary Crystal es una empresa irlandesa de diseño en cristal que tiene su sede en Dublín. La crearon en 1986 antiguos trabajadores artesanos de Waterford Crystal, compañía también irlandesa fundada mucho antes, en 1947, y que se considera la creadora «original» de algunos diseños. (*N. de la T.*)

compromiso —siguió diciéndole Maggy a Celine por teléfono—. Siempre ha estado muy ocupada. Entre su trabajo de médica y el divorcio de tu padre... Bueno, señorita, pues la cosa va así: te fijas en quién aparece en la fiesta de compromiso y entonces sabes cuánta gente habrá en la boda.

—Vale —respondió Celine, que les tenía una alergia brutal a dos cosas: la logística y las comunicaciones.

—Aunque... —dijo Maggy—. Bueno, da igual. Una pena, pero así son las cosas.

Ahí fue cuando Celine notó por primera vez que se la estaban jugando. No sabía cómo ni con qué, pero Maggy usó una voz especial para lo que consideró su manipulación maestra.

—Si celebras la fiesta de compromiso en un país distinto al de la boda, no vas a tener forma de saber quién irá —añadió Maggy—. Y queda un año para la boda. ¿Quién sabe dónde vamos a estar dentro de un año? En Mallorca, a lo mejor, o en Meath. Aunque la verdad es que hay maneras de predecirlo. Si la fiesta es en Londres este junio y la boda fuese en Londres el junio que viene...

Una no interrumpía nunca los esfuerzos persuasivos de la tía Maggy. Se lo habría tomado como un robo, o incluso como unos cuernos.

*

Cuando Luke llegó ese día a casa, al número 23, Celine le dijo:

—He hecho una cosa horrible.

—Pues la verdad es que yo también —respondió él.

Celine le dio unos golpecitos al cojín y Luke se sentó con ella en el sofá.

Alterada por la llegada de Luke, la gata siamesa de ojos azules saltó sobre el piano y merodeó por la tapa. Le habían puesto Madame Esmeralda por la mascota del compositor Franz Liszt («Una más de las gatitas que tuvo Liszt en su vida», había comentado Phoebe, la hermana de Celine). Pese a que Madame Esmeralda odiaba a otros seres felinos, apreciaba a sus humanos por los pulgares oponibles. Eran malísimos como acróbatas y tenían una alarmante falta de pelo, pero le abrían las latas de pollo, y eso no era baladí.

Estaba oscureciendo. Celine se levantó y corrió las cortinas, y luego regresó al sofá y le puso los pies encima a Luke.

Él le acarició el tobillo y le dijo:

—He hecho que nuestro director comercial nacional diga que estamos «a la estela del mercado».

Luke era estrategia de comunicaciones en una multinacional de tecnología que había comprado la zona portuaria de Dublín para montar ahí su sede. Sentía un interés morboso por la jerga empresarial. Al principio, se había limitado a ir anotándola toda, pero no tardó en ponerse a inventar términos propios. El argot de la oficina era extrañamente náutico («subir a bordo», «remar en la misma dirección»), así que Luke fue tirando de ahí y esperó a ver qué términos se extendían.

—¿Qué significa estar «a la estela del mercado»? —le preguntó Celine.

—Todavía no lo hemos decidido. Yo quería decir que estamos un poco en los márgenes. Pero mi jefe creía que «estela» era como «estrella» y se lo ha tomado como que somos más espabilados que nuestros muchos enemigos.

—Eres todo un incomprendido. Aunque lo mío es peor —dijo Celine.

Y se lo contó.

Luke estuvo un rato sin decir nada. Y entonces:

—Podremos soportarlo.

—¿Seguro? —le dijo Celine—. Sé que querías que la boda fuese en Dublín.

—A ver, si Londres te hace feliz...

—Hará feliz a la tía Maggy. Y eso hará feliz al tío Grellan, cosa que hará feliz a mi madre, y esas son las personas por las que me caso. Aparte de ti. Y de alguien más, creo.

—¿Tú misma?

—La gata.

Como si hubiera estado esperando el pie para entrar en escena, Madame Esmeralda hundió los dientes en un ratón de juguete, lo cargó desde el alféizar y lo dejó en el sofá. Luke le acarició el lado de la cara.

—Qué amable por tu parte —le dijo—. *Merci, Madame, pog esté regaló.*

—Cree que no eres capaz de alimentarte solo —comentó Celine—. Gracias a Dios que no es una gata callejera, si no te traería cabezas de conejo. De todos modos, quería contarte otra cosa más.

—Eres una caja de sorpresas.

—Esta no es culpa mía. Ni la otra tampoco, que conste. Prueba tú a discutir con mujeres irlandesas de mediana edad.

—Tendré ese privilegio dentro de catorce años.

—No voy a estar en la mediana edad dentro de catorce años.

—Tienes veintiséis. La mediana edad empieza a los cuarenta.

—Tú eres mayor.

—Cierto. Habrá un intervalo de dos años en el que tú

estarás discutiendo con un cónyuge de mediana edad y yo no.

—Bueno, la segunda cosa —dijo Celine—. Tenemos que invitar a Maria.

Esa vez Luke se quedó sin palabras.